

Son las flores más sexys y exóticas del mundo. Darwin se refería a ellas como «mis amadas», y Raymond Chandler escribió que tenían la misma textura que la carne humana. Son tan mutantes y extrañas que pueden parecerse a una cebolla, a Drácula, a una nariz, a un sapo melancólico o a la toca de una monja. Publicamos fragmentos del fascinante libro EL LADRÓN DE ORQUÍDEAS, cuya historia está siendo adaptada al cine y en cuya película la actriz Meryl Streep interpreta a Susan Orlean.*

John Laroche es un chico alto, más flaco que un palo, de ojos claros, cargado de espaldas y tremendamente guapo, a pesar de que le faltan todos los dientes de delante. Ofrece el aspecto de un espagueti al dente y emana esa tensión nerviosa típica de las personas que se dedican mucho a los video juegos. Tiene treinta y seis años. Hasta hace poco trabajaba como empleado de la tribu seminola de Florida, organizando un vivero y un laboratorio para la reproducción de orquídeas en la reserva que la tribu tiene en Hollywood (Florida).

A mucha gente Laroche le parece un excéntrico. Los seminolas, por ejemplo, le han puesto dos apodos: Buscapleitos y Blanco Loco. En una ocasión en la que me estaba hablando de su infancia, me dijo: «Uy, yo sí que fui *raro* de niño». Porque, que él recuerde, siempre fue extremadamente apasionado e impulsivo. Cuando tenía nueve o diez años, sus padres le dijeron que podía tener una mascota. Decidió hacerse con una tortuguita. Luego quiso diez tortuguitas más. Y, poco después, decidió que se iba a dedicar a criar tortugas y empezó a vender tortugas a otros niños y entonces ya no podía pensar en nada más que en las tortugas y decidió que su vida carecía de sentido mientras no consiguiera tener un ejemplar de todas las tortugas conocidas, incluidas las de las Galápagos, que tienen el tamaño de un sofá. Pero, luego, de repente, se desamoró de las tortugas y se enamoró perdidamente de los fósiles de la época glacial. Los coleccionaba, los vendía, decía que vivía para ellos, pero más tarde los abandonó por otra cosa –creo que por las piedras– y después abandonó las piedras y su única obsesión consistió en coleccionar espejos antiguos y reazogarlos.

Las pasiones de Laroche aparecían sin previo aviso y terminaban de un modo tan explosivo como una bomba con un coche. Cuando yo lo conocí, lo único que le interesaba eran las orquídeas, especialmente las orquídeas silvestres del Fakahatchee Strand (Florida). Me pasé la mayor parte de los dos años siguientes yendo con él de acá para allá y, pasados esos dos años, dijo que estaba harto de todas y cada una de las orquídeas que tenía y juró que no volvería a tener ninguna más en toda su vida. Normalmente cumple su palabra. Hace años, entre el periodo de los fósiles de la era glacial y el de los espejos antiguos, pasó por una fase de obsesión por los peces tropicales. En el momento cumbre llegó a tener sesenta peceras en casa y solía ir a bucear para coger peces. Pero, de pronto, aquello se acabó. No es que fuera perdiendo interés de forma gradual, sino que bruscamente renunció a los peces y juró que nunca más los coleccionaría y que nunca jamás volvería a meterse en el mar. Eso fue hace diecisiete años. Ha vivido toda su vida a unos metros del Atlántico pero, desde entonces, no ha metido en sus aguas ni siquiera los dedos de los pies.

Laroche parece un sabihondo, pero no ha recibido una formación académica rigurosa. Sólo fue a la escuela pública de Miami Norte y, en cuanto a todo lo demás, es autodidacta. De vez en cuando se queda pensando melancólicamente en la vida que cree que podría haber llevado si hubiera estudiado de forma convencional. Piensa que probablemente habría sido neurocirujano y que habría hecho grandes descubrimientos y que se habría convertido en un hombre rico y famoso. Sin embargo, vive con su padre en un viejo bungalow destartado en Florida, y siempre ha logrado sobrevivir realizando trabajos poco comunes. Una de sus mayores cualidades es el optimismo, lo que quiere decir que siempre encuentra un lado provechoso a casi todas las situaciones, incluso a las más desastrosas.

Hace unos cuantos años le cayó un pesticida tóxico en una herida que tenía en la mano y eso le produjo problemas de corazón y de hígado crónicos. Pero, según él, gracias a eso logró vender un artículo

sobre aquella experiencia («¿Sería usted capaz de morir por sus plantas?») a una revista de jardinería. Cuando le conocí, estaba trabajando en un manual para cultivar plantas en casa. Me dijo que iba a anunciarlo en HIGH TIMES, la revista de la marihuana. El anuncio no incluiría la información de que las plantas de marihuana cultivadas según su manual no llegarían a madurar y, por lo tanto, nunca podrían producir efectos psicoactivos. Aquel manual fue uno de sus proyectos favoritos. Según él, iba a reportarle montones de dinero (algo que siempre es maravilloso) y *además* iba a fomentar que los jóvenes cultivaran plantas (cosa muy positiva) y *además*, al ocultar la información sobre inocuidad de las plantas que cultivaran, impediría que esos jóvenes se drogasen (algo de incalculable nobleza).

Laroche quería era encontrar alguna planta especial que le convirtiera en millonario. No podía soportar la idea de tener un vivero normal y corriente con cactus, palmeras en macetas y árboles de Navidad. Quería la orquídea fantasma.

modo altruista, aunque siempre de índole lucrativa, para su sinvergonzonería. Le gusta decir de sí mismo que es un hijo de puta muy astuto. Le encanta hacer las cosas del modo más difícil, sobre todo si eso significa hacer lo que quiere y que los demás se queden preguntándose cómo se las habrá arreglado para salirse con la suya. Es una persona poco común y, además, también es la persona amoral más moral con la que me he topado.

* * *

Los sentimientos que despiertan las orquídeas no pueden explicarse desde un punto de vista científico. Parece que las orquídeas vuelven loca a la gente. Los que las aman, las aman con locura. Provocan más pasión que cariño. Son las flores más sexys de la tierra. Su nombre deriva de la palabra latina *orchis*, que significa testículo, lo cual hace referencia no sólo a la forma de testículos de sus pseudobulbos, sino también al hecho de que, durante mucho tiempo, existió la creencia de que las orquídeas surgían del semen derramado por los animales durante el apareamiento. El Herbario Británico de 1653 aconsejaba que las orquídeas se utilizasen con discreción, pues «su manipulación produce calor y humedad, se hallan bajo el dominio de Venus y exacerban la lujuria». En la Inglaterra victoriana la pasión por las orquídeas fue tal que a veces se denominó «orquidelirio». Bajo su influencia, mucha gente de apariencia normal, tras entusiasmarse con ellas, se iba convirtiendo en gente menos normal y más parecida a John Laroche.

Incluso hoy en día hay algo delirante en el hecho de coleccionarlas. Todos los amantes de las orquídeas con los que me he ido topando me han contado la misma historia: de tener una plantita en la cocina pasaron a tener una docena, después un invernadero en el jardín, y después, en algunos casos, varios invernaderos. Después pasaron a emprender viajes a Asia y África para conseguir más ejemplares, a gastarse en ellas un presupuesto cada vez mayor y a sufrir un intenso deseo de poseer ejemplares raros cuya recompensa es tan mínima que sólo un auténtico coleccionista es capaz de apreciarla, como ocurre con la *Stanhopea*, que no florece más que una vez al año y durante un periodo máximo de un día.

* * *

En la actualidad el comercio internacional de orquídeas mueve más de diez mil millones de dólares anuales y alguna planta rara ha llegado a venderse por más de veinticinco mil dólares. Tailandia es el mayor exportador del mundo. Envía flores para hacer ramos y para prender en vestidos por valor de más de treinta millones de dólares a todos los rincones del planeta. Las orquídeas pueden ser muy caras tanto a la hora de comprarlas como a la hora de mantenerlas. Existen cuidadores de orquídeas a domicilio, médicos de orquídeas y residencias para orquídeas, que son viveros donde se dejan las plantas cuando aún no han dado en flor. Allí las cuidan y avisan a sus propietarios cuando han florecido para que puedan llevárselas a casa y exhibirlas.

Su nombre viene de la palabra latina orchis, que significa testículo. Durante mucho tiempo, existió la creencia de que las orquídeas surgían del semen derramado por los animales durante el apareamiento.

Durante la época que pasé con Laroche, oí innumerables historias sobre la intensa devoción que despiertan las orquídeas. Oí hablar de un coleccionista que tenía dos invernaderos en la azotea de su casa en Manhattan donde guardaba tres mil orquídeas muy especiales. Los invernaderos tenían ventilación automática, calefacción, un sistema para la formación de nubes artificiales. Otro para la creación de brisa y, al igual que otros muchos coleccionistas, él y su mujer se tomaban las vacaciones por separado para que siempre hubiera alguien en casa para cuidarlas. También oí hablar de Michihiro Fukushima, el fundador de Japan Airlines, a quien el mundo de los negocios le parecía tan despiadado que se retiró siendo aún joven, puso todas las acciones a nombre de su mujer, cortó todos los vínculos con su familia y se trasladó a vivir a Malasia con sus dos mil orquídeas. Había estado casado dos veces y en una ocasión le dijo a un periodista que creía que «había hecho muy desgraciadas a sus mujeres a causa de su obsesión por las orquídeas».

Charles Darrow, el inventor del Monopoly, se jubiló a la edad de cuarenta y seis años gracias al dinero que había ganado con ese juego, y se dedicó por completo a coleccionar y cultivar orquídeas silvestres. Un joven coleccionista chino llamado Hsu She-hua se definía como un fanático y decía que, aunque había tenido que soportar cuatro juicios por posesión de orquídeas silvestres, valía la pena. El coleccionismo puede ser como una enfermedad amorosa.

* * *

William Arnold, el gran buscador de orquídeas de la época victoriana, murió ahogado durante una expedición por el Orinoco. Schroeder halló la muerte al despeñarse durante una expedición a Sierra Leona. Y Falkenberg también perdió la vida en una expedición por Panamá. David Bowman murió de disentería en Bogotá. Klabock fue asesinado en México. Brown, en Madagascar. Endres murió de un disparo en Río Hacha. Gustave Wallis murió de unas fiebres en Ecuador. A Digans le dispararon los indígenas brasileños. Osmers desapareció sin dejar rastro en Asia. El lingüista y coleccionista Augustus Margary sobrevivió a las infecciones de muelas, al reumatismo, a la pleuresía y a la disentería sufridos mientras navegaba por el Yang-Tzê en solitario, pero encontró la muerte cuando ya había completado su misión y había pasado Bhamo, Birmania.

Coleccionar orquídeas es una ocupación mortal. En 1901 ocho buscadores de orquídeas organizaron una expedición a Filipinas. En el espacio de un mes, a uno de ellos se lo comió un tigre; otro, empapado de aceite, se quemó vivo; cinco desaparecie-

convencimiento de que amaba la dificultad de obtenerlas casi tanto como a las propias flores. Cuanto

peor la pasaba en el pantano, más entusiasmado estaba con las plantas que había logrado conseguir. Ese perverso placer por el sufrimiento que sentía Laroche es característico de los buscadores de orquídeas. En 1901 ocho buscadores de orquídeas organizaron una expedición a Filipinas. En el espacio de un mes a uno de ellos se lo comió un tigre; otro, empapado de aceite, se quemó vivo; cinco desaparecieron y sólo uno logró sobrevivir y salió de la selva llevando consigo cuarenta y siete mil ejemplares de *Phalaenopsis*.

Docenas de exploradores fueron aniquilados por la fiebre, los accidentes y la malaria o murieron asesinados. Otros se convirtieron en trofeos de cazadores de cabezas o en presas de horribles criaturas como las lagartijas amarillas voladoras, las serpientes de cascabel, los jaguares, las garrapatas y la marabunta de hormigas mordedoras. Algunos fueron asesinados por otros buscadores. Todos ellos viajaban mentalizados de que tendrían que hacer frente a la violencia. Albert Millican, que participó en una expedición al norte de los Andes en 1891, escribió en su diario que lo más importante que llevaba consigo eran los cuchillos, machetes, revólveres, dagas, rifles, pistolas y el tabaco para un año. Ser buscador de orquídeas siempre ha sido sinónimo de ir a lugares horribles en busca de cosas hermosas. Cuando la búsqueda de orquídeas estaba en su apogeo, entre mediados del siglo XIX y principios del siglo XX, los lugares horribles eran realmente horribles. Cualquier hombre que se presentase como buscador había de ser duro y listo y tenía que estar dispuesto a morir lejos de casa.

Algunos coleccionistas de la época victoriana fueron en persona a los trópicos, aunque la mayoría se quedaba en casa y pagaba a buscadores profesionales para que fueran a buscar plantas por todo el mundo. Por tanto, tener orquídeas tropicales significaba que se era lo suficientemente rico como para contratar a un hombre que estuviera dispuesto a arriesgar su vida. Como los buscadores no podían soportar la idea de que otros encontraran alguna planta que a ellos se les hubiera pasado por alto, peñaban una zona y luego le prendían fuego. Incluso los buscadores que trabajaban para el mismo patrón tenían una competencia brutal entre sí. Era una competencia tan horrorosa que hasta llegaban a olvidarse de las orquídeas. Cada vez que los buscadores de Sanders se encontraban, dejaban de preocuparse de las plantas y se pasaban días y hasta semanas persiguiéndose por la selva sin razón aparente.

* * *

El inventor del Monopoly, se jubiló a la edad de cuarenta y seis años gracias al dinero que había ganado con ese juego, y se dedicó por completo a coleccionar y cultivar orquídeas silvestres.

Conocí a John Laroche hace algunos años en el juzgado del condado de Collier, en Naples (Florida). Me encontraba allí porque había leído en la prensa un artículo sobre la detención de un hombre blanco, Laroche y tres indios seminolas que habían robado especies raras de orquídeas en una zona pantanosa de Florida denominada

Reserva Estatal del Fakahatchee, y quise saber más sobre aquel asunto. La noticia de la prensa era breve pero tenía cierto atractivo. Describía el Fakahatchee como una zona pantanosa salvaje, cercana a Naples, repleta de plantas y árboles excepcionales, donde había algunas especies que no se daban en ningún otro lugar de los Estados Unidos e incluso algunas que no se daban en ninguna otra zona del mundo.

Actualmente, todas las orquídeas silvestres se consideran especies en peligro de extinción y es ilegal tomarlas de cualquier bosque y, peor todavía, de una propiedad estatal como el Fakahatchee. Según la prensa, Laroche era el cabecilla de aquellos cazadores furtivos. Les dio a los agentes que le detuvieron todos los nombres botánicos exactos de las plantas robadas y les explicó que estaban destinadas a un laboratorio en el cual se clonarían a millones y luego se venderían a los coleccionistas de orquídeas de todo el mundo.

* * *

Yo nunca había oído hablar del Fakahatchee ni de sus orquídeas silvestres hasta que supe de la existencia de John Laroche, a pesar de que he estado en Florida millones de veces. Crecí en Ohio, y durante muchos años mi familia pasó las vacaciones de invierno en Miami Beach, en hoteles de esos que tienen redes de pesca y flotadores para decorar las paredes del hall y palmeras enanas que hacen las veces de árboles de Navidad. Ya entonces tenía una opinión ambivalente sobre Florida. Me encantaba pasear por delante de los hoteles art deco de Ocean Drive y de la calle Collins, me encantaban las enormes tiendas de platos preparados y la piel enrojecida de los primeros días de sol, pero me horrorizaban las medusas y el aspecto que adquiría mi pelo con la humedad. El calor me altera y el paisaje de Florida, con sus grandes espacios abiertos y calurosos, me resulta tan ajeno como Marte.

No me considero una amante de Florida. Pero también tiene, indiscutiblemente, un lado seductor que no he encontrado en casi ningún otro lugar. Todo puede parecer recién hecho, fabricado por la mano del hombre, pero cuando ves algún sitio como los Everglades o el pantano de Big Cypress o Loxahatchee, te das cuenta de que Florida es también el último territorio conquistado de los Estados Unidos.

La zona salvaje de Florida es realmente salvaje y la zona domesticada es realmente domesticada. Ambas zonas están, sin embargo, en constante cambio. Las zonas construidas no son más que claros en medio de la jungla, pero como ésta es de una fertilidad tan imparable, intenta recuperar todos los días parte de lo que le han quitado. Al mismo tiempo, la zona salvaje va desapareciendo ante la vista: en los Everglades cada día se desecan veinte hectáreas de terreno salvaje, emergen casas nuevas sobre dunas de arena y, cada año, se levanta un cinturón de autopistas nuevas. Nada tiene aspecto sólido ni permanente. Todo cambia o desaparece sin cesar. La transición y la mutación se mezclan entre sí, hay una fusión de humedad y sequedad, orden y desorden, naturaleza y artificio. Las cualidades singulares muy marcadas resultan atractivas, pero los híbridos como Florida son más imponentes por lo excepcionales y poco frecuentes que son.

Una vez vi cerca de Miami a un hombre pescando en una charca junto al aparcamiento de un Burger King que había al lado de una autopista. La charca era de una redondez perfecta con los bordes bien delimitados, por lo que deduje que no se trataba de un fenómeno natural sino de una construcción artificial, simplemente un hoyo hecho para obtener tierra durante la construcción de la autopista y abandonado después tal cual. Cuando se terminó de hacer la autopista y abrió sus puertas el Burger King, aquel hoyo debió de llenarse con agua de lluvia o, quizá, de filtraciones subterráneas y, quién sabe cómo, algún pez se introdujo en el agua, llevado tal vez por un pájaro o serpenteando por entre las fisuras del subsuelo, y en poco tiempo aquel hoyo se convirtió en una charca seminatural. Lo salvaje había vuelto a recuperar en parte su sitio.

Eso es lo que me impresiona de Florida, que está en cambio continuo, sus paisajes naturales siempre a punto de que los disequen y construyan en ellos, y los lugares más cuidados sólo a un paso de volver a convertirse en una jungla. Hace pocos años establecí nuevos vínculos con Florida: mis padres compraron un apartamento en régimen de propiedad compartida en West Palm Beach para pasar algunos días en invierno. Junto a su edificio hay un campo de golf cuidadísimo, con una hierba tan verde y bien cortada que parece una alfombrilla de baño, los ángulos perfectos e igualados. Todo tan impecable como un esmoquin. Pero, a pesar de ser así, en los últimos tiempos han empezado a

Ser buscador de orquídeas siempre ha sido sinónimo de ir a lugares horribles en busca de cosas hermosas. Cuando la búsqueda de orquídeas estaba en su apogeo, los lugares horribles eran realmente horribles.

aparecer caimanes en los estanques que hay en el campo y en los vestuarios han tenido que poner unos carteles que dicen: «Señoras, ¡cuidado! ¡Hay caimanes en el Green!»

El estado de Florida no incita a la gente. Les da ideas. Y ellos no pasan por aquí, vienen a propósito, tal vez a empezar una nueva vida porque Florida parece ofrecerles la posibilidad de comenzar de nuevo, o vienen para premiarse tras una vida de trabajo duro, ya que lo consideran un lugar lujoso y exuberante, o tal vez porque tienen nuevas ideas, nuevos planes y Florida les resulta un sitio en el que se puede intentar cualquier cosa, un sitio en el que durante siglos a los empresarios se les ha hecho agua

El comercio internacional de orquídeas mueve más de diez mil millones de dólares anuales. Las orquídeas pueden ser muy caras tanto a la hora de comprarlas como a la hora de mantenerlas. Existen cuidadores de orquídeas a domicilio, médicos de orquídeas y residencias para orquídeas.

la boca. Es amoldable, reinventable. Es un territorio que ha sido sumado, restado, drenado, irrigado, pavimentado, dragado. Se le ha puesto regadío, se ha cultivado, se ha ganado a la selva, ha vuelto a la selva, se ha inundado, se ha parcelado, se ha incendiado.

tan constante que los límites territoriales cambian día a día. Hay una mezcla de cosas que nadie pensaría que podían darse a la vez en el mismo sitio, régimen de propiedad compartida y panteras, bosques vírgenes e hipermercados, junglas con monos y grandes avenidas, enormes autopistas y plantas carnívoras, parques temáticos y palmeras reales e hibiscus y esas zonas pantanosas de hectáreas y hectáreas que nadie ha podido ni siquiera abarcar con la vista, todo tostándose bajo el mismo velo soleado del cielo de Florida.

En Florida siempre se está sacando o metiendo algo de contrabando. El flujo y el reflujo es tan constante que los límites territoriales cambian día a día. Hay una mezcla de cosas que nadie pensaría que podían darse a la vez en el mismo sitio, régimen de propiedad compartida y panteras, bosques vírgenes e hipermercados, junglas con monos y grandes avenidas, enormes autopistas y plantas carnívoras, parques temáticos y palmeras reales e hibiscus y esas zonas pantanosas de hectáreas y hectáreas que nadie ha podido ni siquiera abarcar con la vista, todo tostándose bajo el mismo velo soleado del cielo de Florida.

Aquí hasta las orquídeas son exageradas. Los bosques están llenos de más especies autóctonas que ningún otro sitio del país, pero también hay montones de junglas de fabricación humana, los invernaderos de Florida, repletos de flores asombrosas creadas en laboratorios, criadas en tubos de ensayo y multiplicadas artificialmente hasta el infinito. A veces creo que he logrado comprender el orden del universo, pero luego me encuentro en Florida, inmersa en la incongruencia y la paradoja, y tengo que empezar de nuevo.

* * *

John Laroche creció en un barrio al norte de Miami por el que pasa la carretera de Miami a Fort Lauderdale. La parte en la que vivían los Laroche era semindustrial, pero estaba muy cerca de los pantanos y de los bosques. Cuando era pequeño solía ir con su madre en el coche a caminar por el Big Cypress y el Fakahatchee sólo para buscar cosas raras. El padre no iba nunca con ellos porque no le gustaba mucho el campo y, además, se había roto la columna cuando trabajaba en la construcción y estaba parcialmente discapacitado. Laroche no tiene hermanos, pero me contó que había tenido una hermanita que murió cuando pequeña. En una ocasión, en medio del relato de la historia de los Laroche, me dijo: «¿Sabes? Ahora que lo pienso, me parece que éramos una familia a la que le tocó mucho dolor y sufrimiento».

Durante los meses que pasé en Florida sólo coincidí con el padre de Laroche muy brevemente. Me hubiera gustado conocer a la madre, pero ya había fallecido. Laroche la describía como una mujer gorda y anticuada, y decía que era judía de nacimiento pero que, a lo largo de su vida, había sido ferviente seguidora de diversos credos religiosos. Era entusiasta y fanática en sus devociones. Nunca era ella la que ponía fin a una excursión o se acobardaba cuando Laroche y ella tenían que adentrarse en grutas o agujeros. Le encantaban las orquídeas. Si pasaban por algún sitio donde había una orquídea en

flor, insistía en colocarle una etiqueta y volver meses más tarde para ver si la planta había producido semillas.

Cuando Laroche era adolescente tuvo una época de pasión por la fotografía. Decidió que tenía que fotografiar todas las especies de orquídeas en flor que había en Florida, así que todos los fines de semana cargaba a su madre con cámaras y trípodes y los dos emprendían arduas caminatas por los bosques que duraban varias horas. No se contentó mucho tiempo con el simple hecho de fotografiar las orquídeas, enseguida decidió coleccionarlas. Dejó de llevar cámaras en sus caminatas y empezó a llevar almohadones y bolsas de basura para meter las plantas. Pronto consiguió reunir una colección considerable. Empezó a pensar en abrir un vivero.

Tras acabar el instituto se puso a trabajar en la construcción para ganarse la vida, pero, como su padre, se cayó, se lesionó la espalda y le dieron una baja por incapacidad. Consideraba que haberse lesionado la espalda había sido un golpe de suerte, pues eso le había allanado el camino para poder dedicarse por completo a las plantas. Se casó en 1983 y abrió un vivero en Miami Norte con la que hoy es su ex mujer. Lo llamaron La Bromelia y se especializaron en orquídeas y bromelias, esa familia de plantas secas y con espinas que viven en los árboles. Laroche se concentró en las variedades más extrañas y singulares. Llegó a reunir cuarenta mil plantas en sus invernaderos y decía que algunas eran ejemplares únicos en su especie. Como la mayoría de los propietarios de viveros, Laroche y su mujer ganaban sólo para vivir sin apuros, pero él no estaba satisfecho con eso. Lo que quería era encontrar alguna planta especial que le convirtiera en millonario.

* * *

Poner en marcha un vivero puede ser algo relativamente sencillo, pero Laroche se las arregló para hacerlo complicado. No podía soportar la idea de tener un vivero normal y corriente con cactus, palmeras en macetas y árboles de Navidad. Quería que el vivero de los seminolas fuese impresionante y estuviese lleno de plantas extraordinarias. Quería tener plantas raras de todo el mundo: arbustos de enebro en espiral, rosas pimpollo, arbustos confetti y palmeras osito. Quería tener cientos de variedades de lo que él llamaba «verduras acojonantes»: espinacas trepadoras, calabazas africanas que pueden convertirse también en trepadoras, zanahorias de las que crecen en tiestos, calabazas chinas peludas, judías verdes de un metro de largo y pimientos picantes del Zaire, que son de color rosa y tienen forma de pene.

En cuanto a las orquídeas, tenía grandes planes. Les explicó a los de la tribu que quería construir un laboratorio donde poder desarrollar cincuenta o sesenta variedades diferentes.

–Ya sé que los seminolas podrían ir simplemente a la parte trasera del jardín y arrancar hierbas y ramitas y venderlas en el vivero –dijo en una ocasión–. En cambio, lo de un laboratorio sí que es una *gran* idea. ¡Vaya que es una idea *superior*! Ya les expliqué a los de la tribu que si tienes un laboratorio y coges una o dos plantas, puedes obtener miles de millones a partir de ellas. Una vez que el laboratorio esté en funcionamiento podremos clonar un número enorme de orquídeas y venderlas. Podré tener aquí a cientos de personas de la tribu trabajando y aprendiendo cosas sobre la clonación y la reproducción. ¡Podríamos conseguir híbridos nuevos realmente impresionantes! Y podríamos trabajar con orquídeas de Florida y dejar alucinado a más de uno. Me gustaría que fuera un sitio con categoría. ¡A la mierda los arrayanes! ¡A la mierda la hierba serrucho! Un laboratorio sí que es un buen medio para hacer dinero y no las simples hierbitas.

A muchas orquídeas silvestres no les gusta vivir lejos de los bosques. Florecen y producen semillas solamente si se hallan en su pequeño universo, con la combinación de agua, luz, temperatura y brisa exactas, con la corteza de árbol adecuada, en el ángulo perfecto, con una especie determinada de insectos, con una especie determinada de desechos sobre sus raíces y sus flores. Muchas especies de

orquídeas silvestres no se comercializan, bien porque no son bonitas o bien porque nadie ha dado exactamente con lo que quieren y necesitan para sobrevivir.

En el Fakahatchee hay varias especies de orquídeas que o viven en la jungla o se mueren. La más hermosa de ellas es la *Polyrrhiza lindenii*, que en botánica también se conoce como *Polyradicion lindeni* y vulgarmente es conocida como la orquídea fantasma. En este país la orquídea fantasma no crece en ningún sitio más que en el Fakahatchee. Si alguien lograra cultivar orquídeas silvestres en vivero, especialmente algunas que fuesen hermosas, probablemente se haría rico. Podría cultivarlas en un invernadero y luego clonarlas en un laboratorio y así obtendría por ejemplo cientos y cientos de una variedad que nadie más tendría en todo el planeta. Sería como si hubiera descubierto cómo multiplicar tigres siberianos o piedras preciosas.

Todos esos aficionados a las orquídeas a los que les gusta tener el mayor número de especies posible en sus colecciones andarían tras él, y también los criadores de orquídeas que intentan obtener nuevas combinaciones de genes. La gente que les comprara plantas podría multiplicarlas por esquejes, pero ellos seguirían siendo conocidos como los maestros en el arte de obtenerlas a partir de semillas, y tendrían una ventaja de siete años, siete años de monopolio, porque se tarda siete años para que una nueva orquídea dé sus primeras flores.

El mayor impedimento que tiene todo esto es que en la actualidad es ilegal coger cualquier clase de orquídea silvestre. Están protegidas por la ley estatal de Florida sobre especies en peligro de extinción y también por una ley federal y, además, las que crecen en los parques y cotos de Florida se hallan protegidas por regulaciones administrativas sobre las tierras estatales. La compra-venta internacional de orquídeas silvestres se halla severamente restringida por el Convenio de Comercio Internacional sobre Fauna y Flora en Peligro de Extinción. Algunas personas han alcanzado un éxito a pequeña escala en el cultivo de orquídeas silvestres cogidas antes de que la ley entrara en vigor, pero en la actualidad los que quieren una orquídea silvestre han de robarla de los bosques o comprarla en el mercado negro.

* * *

Laroche tenía en mente un típico plan Laroche. Sabía que los indios de Florida estaban exentos del cumplimiento de las leyes estatales para la protección de especies en peligro de extinción y creían que, una vez que empezara a trabajar para la tribu, también él estaría exento. Iría de excursión al Fakahatchee con algunos de los seminolas que trabajan en el vivero y, una vez allí, les señalaría las plantas que quería y haría que su equipo las recogiera para no tener siquiera que tocarlas él. Esto último por precaución, pues, en caso de que no gozara de la misma exención que los indios, siempre podría utilizar la coartada de que él ni siquiera había tocado las plantas y, si algún guarda forestal les detenía, podía alegar que sólo había acompañado a los indios en su excursión, pero que él no había arrancado absolutamente nada. Una vez que consiguiese los especímenes, los llevaría al laboratorio de los seminolas y comenzaría a clonarlos.

Llevaba años dándole vueltas al asunto de las orquídeas fantasma y afirmaba que era la única persona en el mundo capaz de resolver el enigma de su clonación y reproducción. En cuanto se corriera la voz de que había logrado cultivar la *Polyrrhiza lindenii*, todos los expertos en plantas le aplaudirían. El vivero vendería millones de plantas y ganaría millones de dólares, cosa que a él le agradaría y dejaría impresionada a la tribu. El éxito que lograría con las orquídeas también serviría para acabar con el mercado negro que existía en torno a ellas, ya que, una vez que esa especie se comercializase, no habría ninguna razón para adquirir las que hubiesen sido arrancadas furtivamente de los bosques. Esto último respondía al tradicional altruismo de Laroche.

Y, además, el plan contaba con un gran final: todo estaba calculado para que coincidiese con la sesión legislativa de Florida, de tal forma que, tan pronto hubiese logrado lo que pretendía, se dirigiría a los legisladores y les recriminaría por mantener leyes tan poco estrictas que no lograban salvaguardar la

vida de especies protegidas ante tipos tan astutos como él. Y, entonces, los legisladores, avergonzados, modificarían las leyes según las indicaciones de Laroche, los bosques se volverían lugares totalmente inaccesibles y nunca jamás volvería a desaparecer otra orquídea fantasma. Los defensores del medio ambiente, que le habían despreciado por robar plantas, no tendrían más remedio que admirarle. Al principio pensarían que era un demonio, pero acabarían considerándolo un santo. Y, lo mejor de todo, según Laroche, era que, cuando las cosas se aclarasen, él habría conseguido por fin la planta del millón de dólares.

* * *

La *Polyrrhiza lindenii* es la única realmente hermosa que hay en el Fakahatchee. Técnicamente pertenece a la familia de la *Vandaneae* y a la subfamilia de las *Sarcanthinae*, *Polyrrhiza* es el género (aunque a veces también se le llame *Polyracidion*). Esta especie carente de hojas fue denominada así en honor al botánico belga Jean-Jules Linden, quien la descubrió en Cuba en 1844. En Estados Unidos se vio por primera vez en 1880 en el condado de Collier. La orquídea fantasma suele crecer alrededor de los troncos del fresno, del manzano de los pantanos y del chirimoyo. Florece una vez al año. No tiene follaje, solamente raíces, una maraña de raíces verdes y planas del ancho de un tallarín, enroscada alrededor de un árbol. Las raíces hacen la función clorofílica, lo que quiere decir que hacen tanto de raíces como de hojas. La flor es de un precioso color blanco. Tiene el intrincado labelo característico de todas las orquídeas, pero especialmente pronunciado y protuberante, y las comisuras se estrechan hasta convertirse en unas colitas largas y vibrantes.

Si alguien lograra cultivar orquídeas silvestres en vivero, especialmente algunas que fuesen hermosas, se haría rico. Sería como si hubiera descubierto cómo multiplicar tigres siberianos o piedras preciosas.

Vista en fotografía la flor recuerda el rostro de un hombre con un bigote a lo Fu Manchú. Las colitas son tan delicadas que la más ligera brisa las mueve y la blancura es tan extraordinaria como un foco de luz en medio de la grisura y el verdor del pantano. Como no tiene follaje y sus raíces son casi invisibles sobre la corteza del árbol, parece que la flor está suspendida en el aire por arte de magia. La gente dice que una orquídea fantasma en flor es como una rana blanca volando, una rana blanca voladora etérea y hermosa. Carlyle Luer, autor de *LAS ORQUÍDEAS ORIGINARIAS DE FLORIDA*, dijo de ella: «Si se llega a tener la suerte de ver una de esas flores, todas las demás quedan eclipsadas».

* * *

Si la orquídea fantasma era en realidad un simple fantasma, se trataba de uno tan subyugante que podía seducir a la gente para que lo buscara año tras año y kilómetro tras kilómetro. Y, si era una flor real, yo estaba dispuesta a seguir yendo a Florida hasta lograr verla. No es que yo amase las orquídeas. Ni siquiera me gustan especialmente, pero quería ver aquello que atraía a la gente de un modo tan singular y poderoso. Todo el mundo que conocí relacionado con el robo de orquídeas había organizado su vida de tal manera que giraba alrededor de su gran obsesión (Laroche padecía locas inspiraciones; los amantes de las orquídeas, una intensa devoción a sus flores; y los seminolas, una dedicación ardiente a su historia y a su cultura). Una obsesión que les proporcionaba respuesta a cuestiones tales como la organización de su tiempo y de su dinero, la elección de sus amistades, el lugar al que viajar y qué hacer una vez allí.

Era una religión. Yo *deseaba* amar algo tanto como aquella gente amaba las plantas, pero no va con mi carácter. Creo que la gente de mi edad se siente incómoda con los excesos de entusiasmo y cree

etiqueta negra

que volcar una pasión excesiva en algo es una ingenuidad. Creo que la pasión que yo tengo no me incomoda en absoluto: quiero saber qué se siente cuando algo te apasiona tanto.

Aquella noche llamé a Laroche y le dije que acababa de regresar de mi excursión en busca de la orquídea fantasma por el Fakahatchee pero que no había visto nada más que simples raíces. Le dije que no sabía si es que ya me había perdido la floración de aquel año o que tal vez el único lugar en el que florecía la orquídea fantasma era en la imaginación de la gente que caminaba demasiado tiempo por los pantanos. Lo que no le dije fue que las grandes pasiones siempre me han provocado cierto escepticismo. Lo que tampoco le dije fue que me parecía que su vida estaba llena de cosas que eran iguales a la orquídea fantasma: maravillosas de imaginar y de las que uno puede enamorarse fácilmente, pero más bien increíbles, fugaces y fuera de todo alcance.

Le oí tragar saliva y dar una chupada al cigarrillo. Después dijo:

–¡Pero por Dios bendito, pues claro que hay orquídeas fantasma en ese pantano! ¡Si yo mismo las he *robado!* Sé exactamente dónde están.

Durante un instante no se oyó nada al otro lado del teléfono y después se aclaró la garganta y dijo:

–*Deberías haber ido conmigo.*§

* Editorial Anagrama, 2001